LA

CRISIS ACTUAL

DE

LA SANTA SEDE

PROBADA POR LA PROFECÍA

CUATRO LECTURAS

POR

HENRY EDWARD MANNNING, D.D.

INTRODUCCIÓN

Primera Traducción al español por:

Laura Elena Flores

* Se autoriza su difusión amplia y gratis por cualquier vía.
Puede reproducirse, imprimirse, publicarse gratuitamente.

** No se autoriza su comercialización:
“Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.” Mateo 10:8

AL REVERENDÍSIMO

JOHN HENRY NEWMAN, D.D.

DE LA CONGREGACIÓN DE SAN FELIPE NERI.

Mi estimado Dr. Newman,

Hace cerca de tres años, usted generosamente unió mi nombre con el suyo en la dedicación de su último volumen de Sermones. Permítame probarle cuan agradecido fue para mi estar de cualquier modo unido a usted pidiéndole me permitiera unir su nombre con el mío en este inadecuado retorno. Pero, como usted sabe, (**) es el trato antiguo.

Usted fue muy generoso al tenerme como su amigo por ya cerca de treinta años; y eso me dice que ya ambos estamos tocando esa etapa de la vida cuando los hombres pueden mirar atrás y medir el camino por el cual han viajado. No es cualquier cosa haber estado en una vida activa de mucha intensificación y labores por mas de un cuarto de siglo, y por una generación completa del hombre. Con muy pocas excepciones, todos los hombres que tuvieron patronato y poder cuando nuestra amistad comenzó ya han partido, y una nueva generación ha nacido y crecido a la madurez, desde que nacimos.

El hombre es siempre tentado a pensar en los tiempos en que se viven significativos eventos en la vida más allá de otras eras. Mas, al permitir esta común enfermedad, pienso que no estaríamos muy equivocados al considerar como excepcionales los treinta años en los cuales, comenzando con la Emancipación Católica, abarca la restauración del Episcopado Católico a Inglaterra, y termina con el movimiento anticristiano de Europa contra la Soberanía Temporal de la Santa Sede. Podría agregar, que para usted y para mí, este período tiene otro alto y singular interés en el movimiento intelectual el cual surgió principalmente en Oxford, y se ha hecho sentir a través de nuestro país y nuestros tiempos. Usted ha sido un maestro de obra en esta labor, y yo un testigo de su crecimiento. Usted permaneció por mucho tiempo en Oxford, aún con todos sus desfiguramientos, tan querida para los dos; pero fui retirado

a distancia, y tuve que trabajar solo. Sin embargo, a usted le debo una deuda de gratitud por su asistencia y luz intelectual, mayor que a cualquier otro hombre de nuestra era; y me da una sincera gratificación el hoy públicamente reconocerlo, si de ningún otro modo pueda yo retribuirlo. Entre las muchas cosas que dan un serio y vívido interés a este momento es el pronunciado y explicito desarrollo de cualquier lado de los dos grandes movimientos intelectuales, cuyo curso hemos observado por largo tiempo. Hubo un tiempo cuando aquellos que ahora se oponen como Católicos y Racionalistas estuvieron aparentemente en cercana y perfecta identidad de convicción. Mas bajo la forma de una opinión común allí se escondía, aún entonces, el antagonismo esencial de dos principios, cuya divergencia es tan amplia como la fe Divina o la opinión humana puede interponerse entre las mentes de los hombres.

Mientras cada año ha confirmado con luminosa evidencia las razones por las cuales, para usted y para mí, elevaron las convicciones del intelecto hacia la conciencia de la fe, y nos ha revelado la unidad Divina y dotaciones de la única Iglesia de Dios, algunos de los cuales estuvieron a nuestro lado, o sentados a sus pies, han sido retrocedidos, como por una oleada, hacia el Anglicanismo, Protestantismo, Latitudinarianismo, y Deísmo racionalista. Mientras el carácter y soberanía Divina de la Una Iglesia Católica y Romana, con las prerrogativas del Vicario del Verbo Encarnado, se nos han manifestado en una amplitud y majestad que exigen la amorosa obediencia del intelecto, corazón, voluntad, y todos los poderes de nuestra vida, otros que una vez amamos bien han venido a encontrar su principal reclamo a la capacidad política en una norma la cual, para mí, es simplemente el preludio del Anticristo. La política italiana de Inglaterra no tiene otro nombre. Y me asombro de que el gran pueblo francés, tan sensible a la preeminencia inglesa, tan celosos de la influencia inglesa, y tan justamente despectivos de las absurdidades del Protestantismo Ingles, se hubiera dado el lujo de ser hostigados o acorralados a lograr una legislación de odio hacia la Francia Católica, superando todas las esperanzas de la Inglaterra Protestante. Para despojar a la Santa Sede de su soberanía temporal ha sido desde Enrique VIII la pasión de la Inglaterra Protestante; pero nunca soñó con lograr su

objeto de predilección por la mano de la Francia Católica. Esto es un logro incomparable.

Apenas escribía esta línea cuando leí el debate en la Casa de los Comunes (House of Commons) sobre la Política Exterior del Gobierno. No creo que a usted o a mi se nos tache de apologistas para las prisiones napolitanas, si son tan malas como las nuestras lo fueron hace algunos años; o para la tortura de Nápoles (la torture de Naples), si hubiera en ella una partícula de verdad, lo cual hago más que dudar. Usted y yo no tememos ser considerados amadores del despotismo, o del absolutismo, o aún del gobierno represivo. Pero creo que ambos podríamos juzgarle como un espectáculo melancólico cuando vemos a la Casa de los Comunes desviados por declamaciones en estos temas cuyas leyes han creado la Europa Cristiana, y todo lo que es valioso en la constitución inglesa para aprobar una legislación subversiva de la sociedad europea. La ley de las naciones, derechos públicos, tratados establecidos, y posesión legitima son, sin duda para la escuela moderna de políticos, nulos y sin significado. Son, sin embargo, las realidades que unen a la sociedad; y constituyen las pruebas morales por las cuales la justicia de una causa es llevada a cabo. La ley que las viola es inmoral; su fin es desorden público, y su triunfo será su propio castigo. Ahora, no tengo convicción mas profunda que la de que este movimiento anticatólico, guiado o estimulado por Inglaterra, tendrá su triunfo perfecto, y reinará por un tiempo supremo; y luego que, tal vez antes de que estemos en nuestras tumbas, todos los que han participado en él – príncipes, políticos, y el pueblo – serán azotados por un conflicto universal con revolución, y una guerra europea, a lo cual 1793 y las guerras del primer imperio son pero un tenue preludio. Lo que más me apena y alarma es ver que hombres, que una vez creyeron en un alto orden de política cristiana, ahora se propaguen contra la Santa Sede, la doctrina de nacionalidad, y la legalidad de la revolución, la cual, si se aplica a Inglaterra, solo fracasaría en desmembrar el imperio porque acabaría en sangre. Parecería que el hombre ha perdido su luz. Si no ¿cómo podríamos explicar la ceguedad que no puede ver que el conflicto de Francia y Austria ha debilitado la sociedad Católica de Europa, y le ha dado a la política Protestante de Inglaterra y Prusia una predominancia de lo más peligrosa? No tardará mucho antes de que una guerra europea

gaste y desgaste los poderes de la sociedad cristiana, incluyendo a Protestantes y Católicos por igual, y dará una fatal predominancia a la sociedad anticristiana, o una revolución, la cual se prepara por todos lados para su última lucha, y para su supremacía. La sociedad Católica de Europa se debilitó, la sociedad Cristiana a su vez pronto seguirá. Luego viene el azote. La convicción que siento de que una gran retribución se aproxima sobre el movimiento anticatólico de Inglaterra, Francia e Italia, se presta a más certidumbre por el hecho de que el punto crítico en todo el conflicto, la llave del todo, y el último triunfo que ganar, es el destronamiento del Vicario de nuestro Redentor. El poder temporal del Papa, se nos dice, ha sido el gran impedimento para la paz de Italia y Europa. Esto es lo que distribuye y organiza los dos espectros. *Qui non mecum, contra me est*. Vendrá su día, y el Vicario de Jesucristo esperará su momento. *Si moran fecerit, expecta illum; quia veniens veniet, et non tardabit*.

Mientras tanto, Inglaterra se prepara para su propia disolución. Ha encabezado a los no creyentes de Europa, y ahora devorará a sus propios seguidores. La Reforma ha hecho sobre ella su trabajo. El Protestantismo, como la camisa de Nessus, se adhiere a la carne de Inglaterra, y su dia por fin llegará. Se nos dice que el hombre tiene unos ochenta y tres parásitos que viven sobre su sustancia. La Iglesia Anglicana de igual manera da pábulo a toda herejía, y alberga dentro de su sistema lo que la viviente Iglesia de Dios expele y expulsa. En este momento en la Iglesia Establecida existe, en estado formal, Sabelianismo, Pelagianismo, Nestorianismo, Calvinismo, Luteranismo, Zwinglianismo, Naturalismo, y Racionalismo. Doy por alto una multitud de otras herejías formales, y nombro solo estas porque tienen una definitiva y activa existencia en el Establecimiento, y se reproducen a si mismas. Es la intrínseca animosidad de este compuesto de herejías que dirige el poder político de Inglaterra contra la Iglesia Católica, y, sobre todo, contra la Santa Sede; y le da a Inglaterra la melancolía y mala preeminencia como poder del mundo de lo más anticatólico y más anticristiano.

En las siguientes páginas he procurado, pero para tan gran tema de lo más insuficientemente, mostrar que lo que sucede en nuestros tiempos

es el preludio del periodo anticristiano del final destronamiento de la Cristiandad, y de la restauración de la sociedad sin Dios en el mundo. Pero, tarde o temprano así debe ser. “En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, conforme está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado; mejor le fuera al tal si no hubiese jamás nacido!” (Mat. xxvi. 24).

¡Que Dios nos libre de participar aún con el silencio en la persecución de Su Iglesia!

Créame, mi estimado Dr. Newman, afectuosamente siempre su servidor,

H. E. MANNING.

Santa María, Bayswater, Londres
Pascua de Resurrección 1861.